

## REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden decir esto con verdad los ministros fieles del Evangelio. ¡Pero ah, y cuantos infieles ministros hay! Muchos predicán á Jesucristo solo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimación, concepto y fama. De aquí proviene aquel eterno hablar, y alabarse de sus trabajos, de sus aplausos, de su séquito y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdenso menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno: en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha; pero el espíritu de Dios tiene otras máximas, habla otro lenguaje: los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco, y se alaban menos.

*In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur:* es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones, mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquéllas punzan poco, son fecundas, producen un fruto de incomparable delicia; éstas siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas que su herida no tiene cura.

Ello es preciso confesarlo, que las adversidades son fruta de todas las estaciones, nacen en todos los terrenos, no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envía Dios á los buenos son de especie muy distinta de aquellas que padecen los mundanos. Siempre acompañan á los trabajos que afligen á estas tristes víctimas de la ambición las amarguras interiores, los remordimientos mortales, los despechos que los despedazan, y una desesperación que los devora. Pero, ¿y qué recurso, que consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, grita el Apóstol, *dejicimur, sed non perimus*, también tenemos mucho que padecer; pero no nos desesperamos: tampoco nos faltan aflicciones; pero también nos sobran consuelos. El mayor de todos es la consideración de la mano que siembra estas cruces, y que reparte estas amarguras. Sabemos bien que el mismo sol que eleva los vapores, tiene virtud para disiparlos; nos consuela mucho considerar que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y que no ha de permitir que perezca ni uno solo; nos sirve del

mayor alivio estar muy persuadidos á que tendremos por remunerador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro juez: es gran gloria para nosotros caminar por las mismas huellas que nos dejó estampadas el Salvador, y acabar de cumplir lo que faltó á los tormentos de Jesucristo, haciendo gala de su librea. Por eso no es de admirar que el mismo Apóstol esclame en otra parte: *Estoy lleno de consuelos; rebósame el gozo y la alegría en medio de mis tribulaciones y de mis trabajos.* ¿Qué hombre del mundo pudo decir jamás otro tanto? Hay en el mundo trabajos, hay tribulaciones, hay persecuciones; ¿pero hay los mismos consuelos? ¿hay las mismas dulzuras? ¿cuál es el premio, cuál la recompensa de lo que se padece en el mundo?

*Persecutionem patimur, sed non derelinquimur:* somos perseguidos, mas no somos abandonados. Aquel mismo divino Salvador que S. Estéban vió en pié á la diestra de Dios Padre, está todavía presente á los combates que sostienen con valor los que le sirven. Es cierto que siempre habrá enemigos que persigan á la religion; pero también lo es que siempre hallará ella dentro de sí misma armas para defenderse, y todos los auxilios que ha menester para que no la atropellen. Lo mismo se puede decir de la virtud cristiana.

*El Evangelio es del cap. 10 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando os persigan en esta ciudad, huid á otra. En verdad os digo, no acabareis (de instruir) las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Belcebú al señor de casa, ¿cuanto más á sus familiares? No tengais,

pues, miedo de ellos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir; y nada oculto que no se haya de saber. Decid en día claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habeis oído á la oreja, predicadlo sobre los tejados. Y no temais á aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed mas bien aquel que puede perder el alma y el cuerpo echándolos al infierno.

## MEDITACION.

*Del temor de Dios.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que el temor de Dios es el prin-



cipio de la verdadera sabiduría; la fe, la religion y el buen juicio conspiran en infundirnos este santo temor. Y á la verdad, ¿puede haber mas insigne locura que no temer á Dios?

*Teme á Dios*, dice el Sabio, y guarda sus mandamientos; porque esto es todo hombre. Bien se puede decir que el hombre sin este santo temor es nada. Demos que sea el mas brillante, el mas soberano ingenio de todo el mundo; demos que por su nacimiento, por sus riquezas, por sus empleos, por sus prendas descuelle sobre las cabezas de todos los mortales: si no teme á Dios, ¿qué viene á ser á los ojos de Dios, único juez, que juzga sanamente de todas las cosas? ¿qué será á los ojos de las criaturas por la infinita duracion de todos los siglos? ¿qué será á sus mismos ojos por toda la eternidad?

Ello es preciso tener algun temor; porque el temor es igualmente efecto del amor propio, que de la razon: es una inquietud del alma, que se persuade no ha de llegar á conseguir un bien que desea; es una aprehension de algun mal que nos amenaza. Ninguno puede eximirse de estos afectos, porque son muy naturales, muy propios de nuestra naturaleza. Si el temor es racional, es prudencia. Pero al fin, ¿qué es lo que se teme? El verse privado de algun bien, de que al cabo le ha de despojar la muerte infaliblemente; el perder ó toda ó parte de la honra, de la estimacion, del concepto, que consiste en una vana opinion, y que al fin se ha de desvanecer como sombra, ó como sueño. Tépanse las enfermedades, las dolencias, que no pueden faltar; las adversidades y los trabajos, que son inseparables de la vida; en fin, se teme la muerte, que es necesario que llegue; pero no se teme á Dios, autor y único origen de todos los bienes. No se teme á Dios, de quien depende nuestra fortuna en esta vida, y nuestra felicidad en la otra: no se teme á Dios, quien solo puede calmar las olas, disipar las tempestades, prevenir las desgracias, y quitar á la muerte todo lo que tiene de terrible: no se teme á Dios, siendo el único á quien en rigor debiéramos contemplar, y el único á quien debiéramos temer. Solamente los insensatos pueden vivir sin este santo temor. ¿Donde hay prueba mas evidente de una insensatez, de una locura desenfrenada, que está impia seguridad? El temor de los males de esta vida puede provenir de cobardía y de flaqueza; pero el temor de Dios siempre es hijo de una prudencia consumada, de un valor, de una verdadera grandeza de corazon. Los locos y los niños son los únicos que no temen los grandes precipicios, porque no los conocen. No temer á Dios, siempre es corruptela del corazon y falta de entendimiento

Al temor santo de Dios acompañan inseparablemente todas las virtudes cristianas. El que teme, cree; el que teme de perder, espera; y como no es temor servil, sino filial, de amor y de respeto, nunca queda escluida de él la caridad. ¿Pero se hallarán estas virtudes capitales de nuestra religion en una alma que no teme á Dios?

PUNTO SEGUNDO. — Considera cual es el verdadero sentido de este oráculo: *No temais á los que pueden quitar la vida del cuerpo, y no pueden quitar la vida del alma*. Sea uno aborrecido, odiado, perseguido, ultrajado hasta no poder mas; llegue en buena hora la persecucion hasta quitarle la vida; es este un bien, que al fin es necesario perderle. De aquí no puede pasar todo el poder y toda la malignidad de los hombres: lo mas que pueden hacer es anticipar algunos dias este despojo inevitable; pero esta alma eterna é inmortal no es de su jurisdiccion. ¡Cuántos ilustres mártires espiraron en los cadalsos! ¡cuántos inocentes fueron maltratados! ¡cuántas personas virtuosas vivieron arrinconadas y cubiertas de polvo! Buen ejemplo es el de S. Atanasio. Fué su desgracia obra de la malicia de los hombres; pero esta desgracia solo sirvió para añadir mayor estimacion á su mérito, para que brille mas su grande gloria en el cielo; todas sus persecuciones, todas sus desgracias sirven de asunto á su elogio.

*Pero temed*, prosigue el Salvador, *al que puede precipitar al cuerpo y al alma en el infierno*. ¿A quién se ha de temer, si no se teme á un Dios tan poderoso, á un juez tan formidable?

¿Qué cosa mas puesta en razon, ni mas natural que temer á un Dios, que es el único que nos puede hacer felices, que nos ha hecho, y cada dia nos está haciendo mayores beneficios de lo que podemos comprender? ¿qué cosa mas justa que temer irritar á aquel Dios, que por un solo pecado mortal puede precipitar alma y cuerpo en el infierno? No hay poder en el mundo que alcance mas allá de la vida, y consiguientemente ni á quien despues de ésta se deba temer; pero la ira de Dios nunca se deja sentir mas, y con efecto nunca es mas terrible que despues de la muerte. Suplicios eternos, llamas inestinguibles, remordimientos que nunca se acaban, venganza sin medida, sin limites, sin aflojar, sin mitigarse, para todos aquellos que mueren en su desgracia. ¿Qué te parece? ¿hay razon para temer á Dios? Y un hombre que no le teme, ¿qué será? ¿Será hombre de bien, hombre recto, hombre honrado, hombre contenido? ¿qué moderacion tendrá? ¿qué freno pondrá á sus pasiones? ¿qué me-



dida, qué límites, qué término á su apetito, á su licencia, á su disolucion? Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado, y echado por tierra, queda espuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario y tan saludable. Ameos yo, divino Salvador mio, y nada tema tanto como ofenderos, nada como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

JACULATORIAS. — Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me libre de la terribilidad de vuestros juicios. (*Psalm. 118.*)

Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y coloca todo su consuelo en guardar exactamente sus santos mandamientos. (*Psalm. 111.*)

### PROPOSITOS.

1. *El principio de la verdadera sabiduría*, dice el Profeta, es el temor de Dios. La mayor prueba de un entendimiento corto, y de un corazon estragado, es no temerle. Hay un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin dárselos nada por el mérito de la persona ofendida; pero nosotros, dice S. Pablo, *no somos hijos de la esclava, sino de la libre (ad Gal. 4.)*; y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que solo temen ofender al padre, á quien tiernamente aman. Cuanto mas se ama á uno, mas se teme desobedecerle y enojarle. De aquí nace aquella exactitud en cumplir con las obligaciones del estado; aquel anticiparse á prevenir el precepto; aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la religion y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable. Cuando se domestica el entendimiento con el vicio; cuando la conciencia se ciega voluntariamente; cuando el corazon se endurece con la costumbre del pecado; entonces hay poco temor de Dios, é insensiblemente se llega á perder del todo. Trátanse de vanos espantajos, de pusilanimidad, de falta de espíritu, de escrúpulos irracionales y ridiculos el temor de Dios y la delicadeza de conciencia, que una vez pérdida por la culpa, rara vez se recobra. Guárdate bien de zumbarte jamás de aquella escrúpulosidad delicada, que es como la legitima de las almas santas. Confúndate su fervor, su puntualidad, su vigilancia; y habla siempre de ellas con estimacion y con elogio, temiendo mucho ofender á Dios de lo contrario.

2 Huye cuanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian *de spiritus fuertes*, esto es, que temen poco ó nada; de aquellas que tienen por lícito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que de nada dudan, en nada reparan, y tratan de menudencias, de bagatelas, de devociones mujerieles las devociones mas provechosas. El trato con esta especie de gentes, aunque por lo comun parezca juicioso y arreglada, siempre es contagioso. No te avergüences de parecer hombre timorato. ¡Con qué temor, y aun con qué escrúpulosidad se cuida de no disgustar al príncipe! Cada cual hace vanidad y aun mérito de ser escrupuloso en este punto. ¿Pues de cuando acá se ha de avergonzar un cristiano de ser exacto en dar gusto á Dios? Examina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si tienes que temer algo en tus hijos, en tus criados inferiores, en tus dependientes; repítelos aquella admirable leccion que daba Tobías á su hijo: *Omnibus diebus vite tue in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias*: acuérdate todos los dias, todos los instantes de tu vida de que estás á la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algun pecado. Serémos dichosos, *si timuerimus Deum*, si temiéremos siempre á Dios. Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion:

*Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter, et amorem fac nos habere perpetuum; quia numquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tue dilectionis instituis. Per Dominum nostrum...*

«Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el temor perpetuo de vuestro santo nombre; porque nunca desampara vuestra providencia á los que afianzais en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor Jesucristo...»

### DIA III.

#### MARTIROLOGIO.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ DEL SEÑOR, en Jerusalem, en tiempo del emperador Constantino. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS ALEJANDRO, papa, EVENCIO y TEODULO, presbiteros, en Roma, en la via Nomentana; de los cuales Alejandro en el imperio de Adriano, siendo juez Aureliano, despues de haber sufrido la cárcel, las cadenas, el potro, los garfios de hierro y el fuego, le agujerearon todo el cuerpo con punzones de hierro, en cuyo tormen-